

Fecha: 24-01-2026
 Medio: El Mercurio
 Supl.: El Mercurio - Sábado
 Tipo: Noticia general
 Título: LA HISTORIA DE JACINTA y su anhelo por aportar en las cárceles

Pág.: 6
 Cm2: 503,0

Tiraje: 126.654
 Lectoría: 320.543
 Favorabilidad:
 No Definida

LA HISTORIA DE JACINTA y su anhelo por aportar en las cárceles

Hace casi dos meses, Jacinta Rodríguez Pavani, socióloga, cofundadora de la organización Red Acción Carcelaria e investigadora del Centro de Justicia y Sociedad UC, falleció luego de haber sido diagnosticada de un agresivo cáncer. Tan solo días antes de su partida, el Ministerio de Justicia confirmó que un diseño desarrollado por ella será el nuevo estándar para las cárceles de mujeres en Chile, una minuta en la que la joven puso por delante la dignidad y el cuidado. Aquí, la historia de una mujer de 29 años que se dedicó a investigar y tratar de enfrentar como pudo las desigualdades de la sociedad.

por ANTONIA DOMEYKO



Jacinta fue elegida en 2021 entre los 100 Jóvenes Líderes de revista Sábado por su labor en Red Acción Carcelaria. En las fotos, en distintos momentos de su vida.

En la puerta de la parroquia San Alberto Hurtado

En los Corredores, el pasado jueves 27 de noviembre, colgaban decenas de fotos de Jacinta Rodríguez, de 29 años. Fotos de ella con su marido, con su familia, con sus compañeras de Sociología de la UC, con sus amigos del colegio Nido de Aguas. Y también de ella en la cárcel, con el equipo de Red Acción Carcelaria, la organización sin fines de lucro que cofundió en 2020 dedicada a investigar, acompañar y diseñar políticas para la reinserción social de mujeres privadas de libertad.

Adentro, la iglesia estaba decorada con muchas flores y repartida con cientos de personas que ese día fueron a despedir a Jacinta, quien hace poco más de un año había sido diagnosticada de un agresivo cáncer. Luego de la misa, se subieron al altar algunas de sus amigas y familiares a decir unas palabras. Después, con la voz entrecortada, habló su marido, Lucas Glasinovic. Y, finalmente, tomó la palabra Catalina Dropkemann, directora ejecutiva del Centro de Justicia y Sociedad UC, donde Jacinta trabajó como investigadora desde 2022 hasta su último día. Ahí, frente a los asistentes, contó que hace solo unos días, una minuta que desarrolló Jacinta había sido incorporada en su totalidad en el diseño de dos cárceles de mujeres. Y luego explicó desde el altar:

“Esa minuta la escribió la Jaci. Con una dedicatoria inmensa, con un nivel de detalle que incluso en su momento pareció excesivo. Recuerdo haberle dicho que no le dedicara tanto tiempo, que probablemente no tendría impacto. Pero persistió, como era ella (...). Los planos que se presentaron este lunes incluyen cada una de las indicaciones de la Jaci: unidades cuna fuera del perímetro, celdas con baños individuales, áreas específicas de intervención, espacios pensados desde una perspectiva de cuidado y dignidad. Más aún, ese diseño será el nuevo estándar para las cárceles de mujeres en Chile”.

Desde la primera fila de asientos de la parroquia escuchaba en silencio el padre de la joven, Martín Rodríguez, antropólogo y fundador de la agencia Feedback Comunicaciones.

—La Jacinta no hablaba mucho de ella, era muy poco autoreferente. Y yo me enteré después de muchas cosas qué hacia —dice Martín Rodríguez y luego agrega—. Ese día, había decidido no hablar porque yo estaba muy mal y pense que no iba a poder.

Pero empezo la gente a hablar y de repente me sentí tan orgulloso. Me emocioné positivamente y me dio fuerza. Sentí que ella había sido tan valiente, tan fuerte, todo lo que había hecho en la vida, cómo yo no iba a poder hablar, y dije que tenía mucho que aprender de ella y que el resto de mi vida me iba a dedicar a que

aprender de ella y que el resto de mi vida me iba a dedicar a que las cárceles de mujeres en Chile”.

Mirando hacia atrás, Martín Rodríguez cree que su hija tuvo una infancia feliz. Junto a la madre de Jacinta, Francis Pavani, filósofa y comunicadora con quien Martín cofundó Feedback, tuvieron a Jacinta y Samuel. Cuenta que siendo niña, su mundo se dividió en dos espacios muy diferentes: el campo familiar en Marchigüe, donde ella disfrutaba andando a caballo y más tarde haciendo equitación, y el colegio Nido de Aguas.

—Era un colegio que le dio una mirada abierta del mundo. Ella siempre estaba informada de lo que estaba pasando. Y tenía una palabra permanente, desde chica, que era *open mind*, porque en el colegio se decían.

Sin embargo, siendo alumna de este colegio laico, y al que asistían muchos hijos de diplomáticos, cuando tenía 9 años Jacinta le dijo a Martín que quería sumarse a un voluntariado llamado Misión de María, en el que acompañaban a niños en hogares.

—Había distintas actividades, de ciencia, robótica y Misión de María. Y la Jacinta eligió esa. Me llamó la atención, porque casi ninguna amiga se metió. “Me gustan los niños”, decía. Creo que esa cosa social era muy inmatada en ella —recuerda—. Igual somos una familia de científicas sociales y lo social era un tema. Yo tampoco soy de partidos políticos, pero sí se discutía lo que estaba pasando en el país y a ella le interesaba.

Jacinta estudió cerca de tres años en Misión de María, hasta que se sumó al equipo debate del colegio, con el que llegó a competir en encuentros internacionales. La lectura fue algo que también la marcó, gusto que compartía con su abuela paterna, quien desde niña le leía a Jane Austen o Emily Dickinson.

—Mucha literatura anglosajona, seguida por estas historias amorosas. *Oregullo y prejuicio* fue su novela, yo creí que la leyó un par de veces antes de los 17 años. Era como romántica. Le gustaba también Anna Karenina, la debe haber leído antes de los 14.

La lectura, explica Martín, fue algo que la acompañó en su adolescencia, perdido en el él y su señora se separaron.

—Ella percibió que la relación de sus padres había dejado de ser lo que era. Y creó que se vivía bien —cuenta Martín—. La Jacinta siempre pensaba si éramos o no una familia disfuncional, era parte de su reflexión. Y es lo tenla porque Anna Karenina parte con la idea que habla de eso.

La frase que menciona y con la que comienza la novela de Tolstoi dice: “Todas las familias felices se parecen unas a otras, pero cada familia infeliz lo es a su manera”.

Al terminar la etapa escolar, cuenta Martín, la mayoría de sus compañeros postularon a universidades en el extranjero y ella también. De hecho, quedó aceptada en una en Nueva York. Sin embargo, días antes se arrepintió, y decidió quedarse en Chile a entrar a Sociología de la UC.

En el primer año de universidad conoció a Lucas Glasinovic, compañero de carrera, con quien se puso a pololear. Hizo también un grupo de amigas. Una de ellas era Elisa Alcalino, con quien fundó la Red de Acción Carcelaria (RAC).

—Pasó que a todos nos gustaba un montón lo que estudiábamos. Era entretenido, las conversaciones, todas medianamente interesadas en temas públicos, con bertas inquietudes y cuestionamientos profundos —cuenta Elisa Alcalino—. Y la Jaci era brillante. Me acuerdo que teníamos un ramo, todo super abstracto, y ella terminó siendo ayudante del ramo, cercana a la profesora, y capaz de entender las complejidades y traducirlas en su idioma. Era muy admirable.

Un tema que le interesaba mucho, dice Elisa, era entender las injusticias sociales desde lo más estructural. Uno de sus trabajos de titulación fue “Vivir tranquila”: Relatos de la experiencia de reintegración de mujeres presas de la cárcel en Santiago”.

En 2020 terminó sus estudios y comenzó la pandemia, y Jacinta, Elisa y otras conocidas se juntaron a pensar cómo aportar.

—Empezamos a cuestionarnos qué pasaba con las personas que estaban en situación de calle, las que tienen alguna discapacidad, los adultos mayores y pensamos quién se está haciendo cargo de estos personas. Y uno de esos grupos eran las mujeres privadas de libertad —relata Elisa.

Así nació la Red de Acción Carcelaria (RAC), donde lo primero que hicieron fue hacerse cargo de la emergencia en la pandemia y se organizaron para entregar kits de artículos higiénicos para mujeres. Llegaron a entregar más de 2 mil kits en más de 20 cárceles del país.

—Su papá, Martín, recuerda cuando Jacinta le contó el proyecto.

—Me pidió que participara para comprarle los famosos kits de higiene. Yo no entendía nada, lo que demuestra que a nadie le interesa este tema. A ella le interesarían esos temas como invitadas (para la sociedad) —dice Martín y luego explica que su hija ya se fijó en la las cárceles. Lo pasaba bien. También se acercó a la cárcel la primera vez que se encontró con su mamá que la había criado y la pasaba bien. Eran historias duras que la afectaban igual.

Luego de cubrir la emergencia, decidieron enfocar la organización para incidir en políticas públicas y en ese camino Jacinta se hizo cargo de sistematizar, investigar y obtener datos. Una labor que luego complementó al entrar a trabajar como investigadora al Centro de Justicia y Sociedad UC, donde pudo estudiar en mayor profundidad el sistema penitenciario. Allí participó en la realización de once estudios y publicaciones académicas, sobre problemáticas carcelarias, delictivas, de infancia y género.

Mirando hacia atrás, Martín Rodríguez cree que su hija tuvo una infancia feliz. Junto a la madre de Jacinta, Francis Pavani, filósofa y comunicadora con quien Martín cofundó Feedback, tuvieron a Jacinta y Samuel. Cuenta que siendo niña, su mundo se dividió en dos espacios muy diferentes: el campo familiar en Marchigüe, donde ella disfrutaba andando a caballo y más tarde haciendo equitación, y el colegio Nido de Aguas.

—Era un colegio que le dio una mirada abierta del mundo. Ella siempre estaba informada de lo que estaba pasando. Y tenía una palab

ra permanente, desde chica, que era *open mind*, porque en el colegio se decían.

Sin embargo, siendo alumna de este colegio laico, y al que asistían muchos hijos de diplomáticos, cuando tenía 9 años Jacinta le dijo a Martín que quería sumarse a un voluntariado llamado Misión de María, en el que acompañaban a niños en hogares.

—Había distintas actividades, de ciencia, robótica y Misión de María. Y la Jacinta eligió esa. Me llamó la atención, porque casi ninguna amiga se metió. “Me gustan los niños”, decía. Creo que esa cosa social era muy inmatada en ella —recuerda—. Igual somos una familia de científicas sociales y lo social era un tema. Yo tampoco soy de partidos políticos, pero sí se discutía lo que estaba pasando en el país y a ella le interesaba.

Jacinta estudió cerca de tres años en Misión de María, hasta que se sumó al equipo debate del colegio, con el que llegó a competir en encuentros internacionales. La lectura fue algo que también la marcó, gusto que compartía con su abuela paterna, quien desde niña le leía a Jane Austen o Emily Dickinson.

—Mucha literatura anglosajona, seguida por estas historias amorosas. *Oregullo y prejuicio* fue su novela, yo creí que la leyó un par de veces antes de los 17 años. Era como romántica. Le gustaba también Anna Karenina, la debe haber leído antes de los 14.

La lectura, explica Martín, fue algo que la acompañó en su adolescencia, perdido en el él y su señora se separaron.

—Ella percibió que la relación de sus padres había dejado de ser lo que era. Y creó que se vivía bien —cuenta Martín—. La Jacinta siempre pensaba si éramos o no una familia disfuncional, era parte de su reflexión. Y es lo tenla porque Anna Karenina parte con la idea que habla de eso.

La frase que menciona y con la que comienza la novela de Tolstoi dice: “Todas las familias felices se parecen unas a otras, pero cada familia infeliz lo es a su manera”.

Rodríguez, recuerda lo que fue la noticia.

—Fue un balazo. Fue terrible, porque era muy malo el diagnóstico. Además se equivocaron. Al principio pensaban que era una cosa, después fue otra. Nos dimos cuenta de que no cualquier centro oncológico en Chile es igual al otro, que hay diferencias. Quedamos con alguna gente muy agradecidos y con otros muy despcionados —dice Martín.

Como el plan era partir a Londres, Jacinta había dejado el departamento en el que vivía con amigas y estaba viviendo con su papá, donde pasó la primera parte del tratamiento. Un tiempo después comenzó a sentirse mejor y con Lucas decidieron irse a vivir juntos, en diciembre de 2024.

—Dijimos: vamos a vivir juntos porque ahora podemos y porque si no podemos en Londres, hágamoslo acá —cuenta Lucas.

Por esos meses, Jacinta se propuso retornar su labor como investigadora en el Centro de Justicia y Sociedad UC. Su jefa, Catalina Dropkemann, cuenta que en ese regreso le pidió que conversaran sobre sus proyecciones y salieron a almorcizar.

—Ella solicitó tener un cargo más de coordinación, líder más de los proyectos. Ya se sentía preparada. Ahí la Jaci como que se empoderó mucho más, nos dijo que quería crecer profesionalmente y dedicarse de lleno a los temas penitenciarios y de mujeres. Empezó a tratar de volver, si se sentía bien iba a la oficina, pero eso empezó a ser super fallido, porque la salud le empezo a vivir juntas y no nos resultó —dice Catalina.

Decidieron que escribirían una publicación juntas, pero tampoco lo lograron. Sin embargo, Jacinta seguía conectada con sus intereses y en julio de 2025 hizo un curso online de Harvard sobre *big data* para el bienestar social.

En su casa, con Lucas, intentaron también aprovechar de los momentos en que se sentía bien.

—Fueron meses muy intensos, con altos y bajos. Nos escapábamos los fines de semana a Tunquén, que era como nuestro segundo hogar, pero también había momentos malos en que estabas postrada en la cama, con muchísimo dolor, tuve fracturas de vértebra, por lo que no se podía mover, o mucha fuerza que te obligaba a estar hospitalizada, pero siempre tratando de sacar lo mejor posible —cuenta Lucas—. Yo quería casar, pero quería esperar un buen momento. Aparte, ella que no se quería casar pedida y me decía “ya, cuando me crezca el pelo nos casamos”.



En octubre de 2025, Lucas viajó al sur de Chile a hacer un paseo corto en bicicleta de un par de días y al regresar se encontró con que Jacinta había empeorado mucho.

—Yo llegué un lunes y el martes fuimos al doctor y nos dijo que el tratamiento ya no estaba funcionando y que en pocas palabras le quedaban semanas de vida. Llegamos a la casa, lloramos caleta y yo le dije “casémonos” y busquemos algún lugar donde se pueda hacer algo altro —cuenta Lucas.

La decisión la tomaron el martes 11 noviembre y se casaron el sábado 15 de ese mes. Cuenta Lucas que ni él ni Jacinta se preocuparon de nada. Sus familiares y las amigas de ella se encargaron de todo, incluso de que ese día estuvieran listas las arreglas, gracias a un joyero que al conocer la historia se ofreció a hacerlo de manera rápida y gratuita.

Ese sábado, Jacinta llegó de blanco con su papá en un auto antiguo a un café en Vitacura, donde los esperaban Lucas y todos sus amigos y familiares.

—La verdad que fue un milagro, no sé cómo decirlo de otra forma, porque la Jacinta estuvo tan mal que estuvo hospitalizada hasta el viernes antes, porque tenía mucha anemia y estaba muy débil. Hicimos como un acuerdo con el doctor y nos dijo que iban a hacer todo lo posible para que el sábado estuviera bien. Le pusieron plaquetas, le dejaron una dosis de remedio corticoides, todo para que ese día pudiera estar bien y disfrutar... Para muchos, el último recuerdo de ella es ese: muy viva y muy plena —relata Lucas.

Al día siguiente la salud de Jacinta comenzó a empeorar cada día más. Lucas, sus amigos y sus cercanos del trabajo se estaban preparando para su partida. El viernes de la noche en que Jacinta falleció, su jefa, Catalina Dropkemann, tuvo la reunión en el Ministerio de Justicia en el que le confirmaron que el trabajo de Jacinta se incorporaría en las futuras cárceles de mujeres. Al salir de la reunión ella le dio a Lucas para conservar.

Jacinta ya había dejado la clínica y estaba pasando sus últimos días en el departamento en el que vivía con Lucas.

—La Jaci ya estaba muy mal y ya no podía hablar, pero igual yo se lo conté y siento que me escuchó y sonrió. §

“A ella le interesaban esos temas como invisibles (para la sociedad)”, dice su padre, Martín Rodríguez.

